

racion la mucha extension de nuestras líneas de defensa, se vió que se necesitaban todavía mas fuerzas y se trató de reunir 2,500 hombres; pero se presentaba un obstáculo que habia que vencer: los fusiles destinados á armar á estos vecinos no estaban aún compuestos, y se tardaria mucho en ese trabajo. Á pesar de todos nuestros esfuerzos, no podian acabarse hasta el 14 de Mayo, dia fijado definitivamente para armar á la poblacion.

« En cuanto á la operacion que hizo el Emperador con la libranza de 12,000 pesos fuertes, negocio de carácter completamente privado, me parece que López podia haberla omitido en su folleto; así que diré únicamente que el banquero Sr. D. Carlos Rubio siempre se mostró dispuesto en esos dias criticos á tales negocios con el Emperador; pero que ese prudente señor, temió, y con fundamento, entregar á López una suma tan considerable. Otro oficial, ayudante del Emperador, que se presentó despues con el mismo objeto, recibió inmediatamente los fondos pedidos, y sin garantía alguna, pues su nombre ofrecia la suficiente.

« Despues de lo dicho, es ya tiempo de examinar de cerca la mision extraña que López dice le confió el Emperador en la noche del 14 al 15 de Mayo.

« Eran muy conocidos del ejército la honradez y el corazon magnánimo del Emperador, y esto basta para comprender que nunca pudo haber intentado

huir con solo su séquito, dejando en la plaza á sus fieles tropas. En su escrito, página 18, dice López: « porque era demasiado noble (el Emperador) para pensar en su salvacion cuando peligraba la de su tropa. »

« Como la apología que de sí mismo ha publicado López, es sin duda su primera produccion literaria, efecto tal vez de su mucha desesperacion, bien se le puede perdonar cristianamente tan notables contradicciones. Pero ¿qué consecuencia sacará cualquiera, aunque sea un muchacho, despues de leer el folleto de López?—Afirmo que solo puede sacarse esta: que toda esa relacion de la mision nocturna es la invencion de un hombre hasta mas no poder desfachatado.

« López habia sido llamado por el Emperador para dar cuenta de lo relativo á la manutencion de la tropa, y desde media noche del 14 al 15 de Mayo, en que se despidió de S. M., no volvió durante la noche á su habitacion. Habia ido á su línea con su compañero Yablouski, y dejando á este atrás, se pasó al enemigo sin tener orden de hacerlo, pues el Emperador, hasta la última hora, no solamente habia rechazado proposiciones que un solo gefe, D. Silverio Ramirez (que por esto fué reducido á prision) le hizo de tratar con el enemigo, sino que nunca hablaba de tal cosa con nadie, porque tenia una aversion extraordinaria á tal asunto.

«Dejando, pues, á Yablouski atrás, López le mandó que le aguardase en el mismo lugar donde le dejaba. Antes había ordenado, muy contra la voluntad del Soberano y las instrucciones que tenía, que la escolta imperial, de la cual los Húsares formaban parte, desensillasen sus caballos. Esta escolta la mandaba el coronel Campos, que fué herido en el cerro de las Campanas en la mañana del 15 de Mayo, y asesinado allí mismo por el enemigo. Se componía del escuadron Durango, de 80 hombres de la caballería de la Frontera, de 25 ginetes del regimiento Valle de México, y de los Húsares; pero estos últimos estaban independientes á las órdenes de otro gefe. La escolta había recibido la orden muy precisa de no desensillar; al contrario, aunque la salida no debía efectuarse en la noche del 14 al 15 de Mayo, sino en la noche siguiente, tenía orden de estar siempre pronta para marchar, y así se comprende que los caballos debían estar ensillados. También se había confiado al coronel Campos el equipaje del Emperador. ¿Cómo entonces se explica que López, enterado de esta orden suprema, y sabiendo además, como gefe de la línea de la Cruz, que el Emperador había fijado la noche del 14 al 15 de Mayo para efectuar la salida, mandó al comandante de los Húsares, á las tres y media de la madrugada de aquella noche, que llevase su fuerza á la plaza de San Francisco para esperar allí nuevas

órdenes? Qué pudo motivar esa disposición de López?

«Evidentemente la tomó para alejar del Emperador á esos valientes húngaros y para separarlos del grueso de la escolta. De esa disposición tomada en secreto por López, no tenía el coronel Campos noticia alguna, y hora y media ocuparon esos Húsares dicha plaza sin saber por qué.

«Pero sigamos adelante. Teniendo ya conocimiento el Emperador de lo que había sucedido, abandonó á pié su cuartel de la Cruz, y pasando por el del coronel Campos, ordenó á este que mandase salir la escolta. Poco tiempo despues López, á la cabeza de tropas enemigas, pasó por ese cuartel, encontró también á dicho coronel, y viendo que este se preparaba para la marcha é iba á cumplir la orden que acababa de recibir del Emperador, destacó algunos oficiales enemigos para que hicieran prisionero á Campos, prosiguiendo él despues su camino, pero siempre acompañado de las tropas enemigas. Al llegar á la plaza del Marqués encontró al escuadron Durango, y dijo al comandante de este: «Está bien; todo se ha perdido ya; mande vd. á su tropa que desmonte y que se dé por vencida.»

«Ese escuadron, que estaba alojado en un cuartel mas retirado de la Cruz, y que había comprendido los funestos acontecimientos, se había trasladado á toda prisa á la plaza del Marqués, lugar destinado para dicha tropa.

« Al mismo tiempo llegaron tambien los 25 ginetes del regimiento Valle de México, al mando del capitán Antonio Gonzalez, para reunirse con el escuadrón Durango. Hasta el momento de encontrar á estas tropas andaba López á pié; pero allí hizo que se apease el capitán Gonzalez, se apropió su caballo, montó en él é hizo prisionero á dicho capitán. Pero, á pesar de este hecho, afirma López haber encontrado un caballo sin jinete en la calle y haber guiado al Emperador.

« Ahora pregunto yo: ¿Es posible que López, que siempre se califica de prisionero, pudiese obrar de ese modo y tomar tales disposiciones?

« Pretende López que la entrada del enemigo en la Cruz le habia causado un sentimiento de profundo estupor, pero que sin embargo no la habia extrañado porque conocia la insuficiencia de las tropas para guardar aquel punto.

« Verdad es que nuestras tropas, siendo siete veces menos numerosas que las del enemigo, eran insuficientes; pero estaba hasta la evidencia demostrado que bastaban para defender sus puestos siempre con buen éxito, y más tratándose de un punto tan fuerte como « La Cruz. » López conviene en esto, mas dice que la desmoralización de nuestras tropas habia aumentado tanto, que ningún general, ni el Emperador mismo, pensaba en defender « La Cruz. » Esta afirmación es una nueva falsedad.

« El general Castillo habia defendido siempre ese punto con buen éxito, y aun en los últimos momentos hizo grandes esfuerzos ese general para reunir el tercer batallón que estaba de guardia allí mismo, pero diseminado en varios puntos, pues la escasez de tropas no permitia ya tener una reserva suficiente, cosa que no pudo efectuar, porque la traidora sorpresa fué tan completa, que cuando el general Castillo salió de su cuarto, ya todo el convento habia sido ocupado por el enemigo: tales habian sido las medidas de López para consumar su crimen.

« Prueba indirecta de la falsedad de la afirmación de López, que siempre se empeña en hacer creer en la insuficiencia de nuestras tropas, es sin duda alguna el que el enemigo, que conocia tan bien como nosotros mismos nuestra situación fatal, no nos atacó seriamente después del 24 de Marzo ni una vez, ni por ningún punto, ni mucho menos podia tener el plan de atacar el fuerte de la Cruz.

« Después de esta digresión, vuelvo al momento en que López pasó su línea sin haber recibido orden imperial de hacerlo, y creo que es aquí conveniente llamar la atención del lector hácia el número 14 de los llamados documentos justificativos que acompañan al folleto de López. Véase ese documento:

« Número 14.—Segunda clase.—Administración principal de rentas de Querétaro.—Sello 5.º, habilitado para el presente año.—Antonio Yablouski, ex-

teniente coronel del ejército imperial mexicano. —Certifico: que el día 15 del mes de Mayo del presente año, como cosa de las tres de la mañana, fui avisado por D. José María Perez, oficial de mi cuerpo, que el Sr. ex-coronel D. Miguel López, que mandaba la brigada de reserva y la línea de la Cruz en esta ciudad, me llamaba urgentemente. Tan luego como me le presenté á dicho señor, me ordenó que acompañado de las personas de confianza que juzgase necesarias, pasara violentamente al alojamiento del Emperador, lo recordase y le dijese que el enemigo se habia apoderado de la huerta del convento, ignorando cómo se habia introducido, manifestándole á la vez que lo tenian preso: en seguida, que procurara pasar al alojamiento del Sr. general Castillo, como á los demás del médico, ayudantes y criados, para darles aviso que se alistasen y trataran de salvar al Emperador; todo lo que, cumpliendo con dichas órdenes superiores, logré salvarlos, acompañándome en su ejecucion los Sres. capitán D. Francisco Javier Legorreta y empleado civil D. Francisco Sánchez, y el sargento de mi cuerpo Florentino Rocha, y tres soldados. Igualmente certifico: que el Sr. ex-coronel López, cuando me dió sus órdenes, se desprendió de las fuerzas liberales que lo tenian preso, volviendo despues á ellas. Y á pedimento de dicho señor y para los usos que le convengan, le extiendó el presente en Que-

rétaro, á 5 de Julio de 1867.—Firmado: ANTONIO YABLOUSKI.»

«Era Yablouski, como todos lo saben, el satélite de López, y así él como este último, han sido justamente marcados por la voz pública.

«Resulta del documento núm. 14' que al dirigirse Yablouski á la Cruz, le acompañaba el capitán Francisco Legorreta: este último es cuñado de Yablouski y ambos son cómplices de López. Siendo Legorreta ayudante del general Monterde, que mandaba la cuarta línea, no le era lícito faltar toda la noche de su puesto, como faltó, separándose de su jefe en momentos tan críticos. Cuando el general Miramon fué á las ocho de la noche del 14 á visitar esa línea, acompañándole yo, ya faltaba el ayudante Legorreta, de lo cual se dió parte á dicho general. En toda la noche no volvió Legorreta á presentarse en su línea; pero se le encontró á las tres de la madrugada del 15, junto con su cuñado Yablouski, en la línea de la Cruz, es decir, tres cuartos de hora de distancia de su puesto, que era el rio. En cuanto á López, á las dos de la madrugada del mismo día 15 volvió á su línea, acompañado del general Velez; la pasó é introdujo á este general en los puntos exte-

¹ Estas cartas fueron remitidas á López por sus amigos nuestros enemigos, y él las presenta como documentos justificativos. Prescindiendo de que esos escritos no tienen ningun carácter justificativo, bien claro es que se habian disfrazado los hechos en las cartas para descargar de toda culpa y para ocultar al mundo su negra traición.

riores y en los diferentes patios de la Cruz, con el objeto de indicarle bien el rumbo: á las tres volvieron ambos por el mismo camino que habian seguido al venir, y pasaron otra vez las líneas.

«Después de muy poco rato (y de aquí se infiere que todo estaba de antemano bien preparado) volvieron á la cabeza de cuatro batallones, que tras haber sido recibidos por Yablouski y la guardia con el grito de ¡viva la libertad! fueron situados en los terrenos que median entre el edificio principal de la Cruz y la tapia exterior de una huerta, punto el mas cercano á las posiciones enemigas.

«El general Velez habia reconocido antes muy minuciosamente esos lugares. Concluidas ya las disposiciones, pasó Yablouski al cuarto del Emperador para participarle que el enemigo habia entrado en la Cruz, y apenas se habia despedido de S. M. cuando tambien entró López en el cuarto de un ayudante del Emperador, y despertándole le dijo: «El enemigo ya ha entrado en la Cruz; salven ustedes la vida del Emperador.»

«Inmediatamente ordenó S. M. que saliese su escolta, y mandó á un oficial que la llevase á la Cruz. Cuando volvió el oficial para comunicar al Emperador que la escolta tenia desensillados los caballos, pero que se preparaba para cumplir la orden inmediatamente, ya el Soberano habia salido de la Cruz acompañado del general Castillo y de dos ayudan-

tes: pocos momentos después se encontró rodeado de soldados enemigos que le gritaron «¡alto ahí!»

«Al mismo tiempo apareció López acompañado del coronel enemigo José Rincon, y después de breves palabras, ininteligibles para mí, que mediaron entre los dos, el mismo López dió la orden á esos soldados de dejar pasar al Emperador y al general Castillo, designándoles individualmente como paisanos, aunque llevaban ambos el uniforme militar.

«Prosiguiendo el Emperador su camino, y pasando por el cuartel de la escolta, dió personalmente la orden de que esta saliese, lo cual impidió López, que se hallaba con fuerzas enemigas y que habia llegado allí pocos momentos después. El Emperador llegó á la plaza de la Independencia, en donde López lo alcanzó, ofreciéndole escoltarle, á lo que el Emperador se negó enérgicamente, siguiendo él y su séquito, y siempre á pié, hasta el cerro de las Campanas, punto donde se le declaró prisionero poco después de su llegada.

«Supongamos ahora por un momento que la ciudad de Querétaro no cayó en poder del enemigo por efecto de una traicion, sino de la manera que describe López.

«El ex-coronel López mandaba la brigada de reserva en la Cruz; el servicio de vigilancia se hacia solamente por esta tropa. Una compañía completa estuvo siempre de guardia en el patio grande. ¿Qué

testimonio se da á sí mismo López preguntando (página 19 de su folleto): «¿Quién dió en todos estos puntos el grito de alarma? ¿Quién hizo fuego sobre los asaltantes?» El que á sus tropas siempre habia recomendado que dirigiesen su mayor vigilancia á los dos puntos extremos de la muy extensa línea de la Cruz, á la puerta y al panteon. Él mismo dice esto en su escrito. Él, mas que todos los otros oficiales que formaban el Estado mayor del Emperador, y como comandante de la brigada de reserva, era responsable de que se practicase puntualmente el servicio de vigilancia en la Cruz. Y supuesto que efectivamente tuviese la orden imperial de pasar al enemigo en la noche del 14 al 15 de Mayo para tratar con él, lo que siempre, repito, es una grandísima falsedad, ¿no debia él haber pasado y haber encontrado vigilantes á todos los centinelas, á todos los oficiales que estaban de guardia? Y viendo estos á su comandante y gefe en las líneas á tal hora de la noche, ¿no hubieran tenido mayor estímulo para duplicar su vigilancia?

«Todas las noches, en los quince dias que precedieron á la caida de la plaza, acompañé á mi hoy difunto general Miramon cuando reconocia todas las líneas. Ni una vez habiamos encontrado un centinela dormido, y siempre los oficiales estaban cumpliendo tambien exactamente, siendo mucho mas fatigoso el servicio que hacian todos estos cuerpos en

las trincheras y en las líneas, que aquel que se practicaba en la Cruz.

«¿Y por qué entonces, precisamente en la noche del 14 al 15 de Mayo, habia de suceder que todos los centinelas de la Cruz, todos los rondines hubiesen descuidado su servicio? ¿Cómo es que ninguno de los doce oficiales que estaban de guardia en aquella noche, y que tenian que velar sobre esos centinelas, no habian descubierto á tiempo la llegada del enemigo? Y aun cuando todo eso hubiese sido posible, aun cuando efectivamente las tropas en las diferentes huertas y patios hubiesen descuidado dicho servicio, ¿cómo podia ser que los numerosos centinelas de las azoteas de la Cruz no hubiesen descubierto la venida de las tropas enemigas?»

«Dice López que si hubiese querido traicionar habria tenido que seducir á los doce ó quince oficiales de la guardia. Pudo haber tenido intencion de hacerlo; mas en honor de esos oficiales debo decir, que nunca lo habria logrado, y justamente, como prueba de la mucha disciplina que reinaba entre la tropa, tal vez pueda admitirse que en aquella noche dejasen á su gefe disponer y obrar como se le antojase, y hasta permitir que introdujese al general Velez en nuestra línea, aunque probablemente sin conocerle.

«Y si lo dicho no fuera bastante para patentizar la traicion de López, ¿cómo se explica que en la

misma madrugada, y antes de que el enemigo hubiese entrado en la ciudad y en la Cruz, se encontrase derribada la pieza de 36 colocada en la grande barricada, al lado izquierdo de la Cruz y abandonada naturalmente por sus artilleros? ¿Cómo se explica, que las ocho piezas montadas delante de la Cruz, y apuntadas hácia las posiciones enemigas, se encontraran vueltas hácia la ciudad?

«¿Cómo se explica que toda la compañía que estaba de guardia en los puntos bajos de la Cruz, y hasta la guardia y el centinela que se hallaban en el departamento donde estaba el Emperador; fueran separados de allí? La única persona que podia dar tal disposicion era el Emperador, ó por órden suya alguno de sus ayudantes.

«¿Cómo era posible que el enemigo conociera tan perfectamente todas las entradas, todas las barbacanas y las brechas para hacer pasar tropas tan poco inteligentes como eran las suyas, á través de todos esos obstáculos, en una noche, y sin que nuestros vigilantes las viesan ni las oyesen? Y aun su, puesto el conocimiento de todas estas entradas nunca habrian efectuado tan atrevido movimiento, á no haber sido, como fué, por efecto de una traicion.

«Si el Emperador no hubiera puesto toda su confianza en López; si el general Miramon no hubiese tenido siempre que guardar consideraciones á ese individuo, por el puesto que ocupaba en «La Cruz»

y por la distincion con que le honraba el monarca, seguramente hubiera alargado sus rondas nocturnas visitando tambien las guardias de «La Cruz,» y entonces tal vez la desgracia terrible no hubiera ocurrido. Pero dejó de hacerlo por su mucha delicadeza, pues el Emperador y todo su séquito confiaban demasiado en él.

«Si todos estos hechos que refero no bastasen para probar la traicion, la denunciaria muy alto la voz pública. Amigos y enemigos se muestran unánimes en este punto; todos creen á López traidor. Oficiales enemigos puedo nombrar que revelarían con indignacion la verdad desnuda.

«Y, por último, ¿no se sabe en la capital que cuando López volvió, no en clase de prisionero, sino en libertad, á México, al seno de su familia, le recibió su esposa, preguntándole:—«¿Dónde está el Emperador?»

«Es notorio que esta heroica señora (¡Dios la bendiga, porque nunca ha olvidado los numerosos beneficios de que el Emperador colmaba siempre á su familia!) tomó á su hijo por la mano, y entregándole á su padre, dijo á este: «¡Tómalo, no quiero ver la sangre de un traidor!» Y en seguida se apartó de ese hijo, de su casa y de su marido deshonrado.

«Y ese hombre se atreve todavía á remitir á sus antiguos compañeros de armas, que aun padecen y